



La Felicidad Garantizada

Hugo McCord

LA FELICIDAD GARANTIZADA

Hugo McCord

**DEHOFF PUBLICATIONS
Murfreesboro, Tennessee
1973**

Copyrighted 1956

Por George W. DeHoff

Todos los Derechos Reservados

Impreso en los Estados Unidos de América

LA FELICIDAD GARANTIZADA

Hugo McCord



Versión al Español por Armando Ramírez
Publicado el 11 de Noviembre de 2023 en el sitio
Segunda Edición 18 de Diciembre de 2024:

<http://www.elexpositorpublica.com>

Dedicado a mis Madres:
Una me dio la vida;
Y la otra me dio a mi esposa.

Otras obras por el Autor:

**The Disciples Prayer
From Heaven or from Men?**

**Messianic Prophecy
These Things Speak
Christian Family**

Fifty Years of lectures, Vol. 1 y Vol. 2

**Bible Lands and Sacred History
Getting Acquainted with God**

**The Credibility of Creation
The Everlasting Gospel**

Contenido

Capítulo 1

Tú tienes que ser un Mendigo.....	11
--	-----------

Capítulo 2

Lágrimas en una Botella.....	21
---	-----------

Capítulo 3

Humildad Gentil.....	29
-----------------------------	-----------

Capítulo 4

Un Apetito Espiritual.....	39
-----------------------------------	-----------

Capítulo 5

Un Bumerán.....	50
------------------------	-----------

Capítulo 6

Motivos Puros.....	56
---------------------------	-----------

Capítulo 7

Esforzándose por la Armonía.....	63
---	-----------

Capítulo 8

Placer en las Aflicciones.....	75
---------------------------------------	-----------

Todos la Quieren

Todo el mundo quiere comida, todo el mundo quiere agua y todo el mundo quiere felicidad. Cientos de artilugios, secretos y trucos han sido inventados sólo para resultar insípidos o incluso amargos. Los ingredientes para la felicidad, como la leña y los trozos de carbón en la chimenea, han sido cuidadosamente dispuestos, puestos a arder, sólo para disiparse en humo, produciendo no felicidad, sino sólo cenizas inútiles.

Nadie jamás probó más *estrategias* que el rey Salomón. “He aquí, yo me he engrandecido, y he crecido en sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén” (Eccl.1:16). Su conclusión fue que “conocí que aun esto era aflicción de espíritu” (v.17). “Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor” (v.18).

Luego probó todos los *placeres* imaginables. Animándose con el vino, explotó la alegría al máximo. Si el dinero y las posesiones aseguran la felicidad, entonces Salomón no podría haber fallado. Era tan rico que la plata “no se contaba en nada en los días de

Salomón". Las provisiones de mesa "para un día" incluían bueyes, ovejas, ciervos, gacelas y aves engordadas. Se emplearon prodigamente cantantes e instrumentos musicales "de todo tipo" (2:1-8). Resultado: No hay felicidad, sólo vanidad y aflicción de espíritu, "una lucha tras el viento".

¿Es difícil la felicidad? Sí, para aquellos que están en el camino equivocado. ¿Es difícil de alcanzarla? Sí, para quienes la quieran *sin ningún* costo. Pero para la gente sencilla y simple de la tierra, dispuesta a recorrer el camino de Dios, dispuesta a pagar el precio de Dios, la felicidad, como Dios, "no está lejos de todos" (cf. Hech.17:27). Miles lo han obtenido y disfrutado en esta vida, y han muerto con la suprema seguridad de plenitud y gozo que les espera en el mundo venidero.

Las personas verdaderamente felices han aprendido que los principios que subyacen a las ocho bienaventuranzas de Jesús son básicos, eternos y seguros. Cuando estas normas se establecen cuidadosamente en los corazones de los hombres y se entrelazan en sus vidas, la felicidad es "segura". No hay fallos. Estas normas establecen el patrón de LA FELICIDAD GARANTIZADA.

Ocho Requerimientos

El Primero: Tú tienes que ser un Mendigo

El Segundo: Lágrimas en una Botella

El Tercero: Humildad Gentil

El Cuarto: Un Apetito Espiritual

El Quinto: Un Bumerán

El Sexto: Motivos Puros

El Séptimo: Esforzándose por la Armonía

El Octavo: Placer en las Aflicciones

La Primera:

**“Bienaventurados los
pobres en espíritu,
porque de ellos es el
reino de Dios” — Mateo
5:3**

CAPITULO UNO

Tú Tienes que ser un Mendigo

¿Qué tanto piensas en ti mismo? Los atributos que habitualmente se consideran necesarios para “salir adelante” y “ser alguien” son lo contrario a la primera bienaventuranza. Tan importantes como son la fe, el arrepentimiento, la confesión y el bautismo, algo más es necesario antes de que el reino de los cielos te pertenezca. Puedo confesar el nombre de Cristo delante de los hombres y ser sumergido en agua y, sin embargo, *no* ser pobre de espíritu. De seguir así, me perderé el cielo.

Jesús no dijo: “Bienaventurados los pobres del bolsillo”. Los pobres de bolsillo tienen muchas más probabilidades de ser pobres de espíritu, pero algunos que se encuentran en malas circunstancias financieras son bastante orgullosos de espíritu. Por otro lado, algunas personas acomodadas en lo que respecta a los bienes de este mundo son tan humildes y dependientes

de Dios en su espíritu como es posible que cualquiera pueda serlo. El dinero como tal *no* es la cuestión decisiva. Dios no condena a nadie automáticamente porque *tiene* dinero, ni la pobreza financiera es un billete gratuito al cielo.

La Pobreza Definida

¿Qué es la pobreza de espíritu? Lo contrario a pobre es ser rico. Cuando las personas están llenas de sí mismas, cuando están satisfechas de sí mismas y son autosuficientes, no se les puede llamar *pobres* de espíritu. Lo opuesto a la primera bienaventuranza del mundo dice: “Malditos los ricos de espíritu, porque de ellos es el reino de Satanás”.

La forma verbal de la palabra original que Jesús usó (*ptosso*) significa temblar, acobardarse, estremecerse, encogerse de miedo. Por lo tanto, la forma sustantiva (*ptochos*) describe a una persona que mendiga, un mendigo. La palabra “pobre” de alguna manera no describe a la persona que nuestro Señor mencionó. Hay una diferencia decidida entre pobreza e indigencia. Una subsistencia escasa es muy diferente de una necesidad extrema. El hombre que Jesús describió no se encuentra en circunstancias tolerablemente malas. Es un mendigo. El Señor usó la misma palabra en Lucas 16:20, 21, “un mendigo llamado Lázaro... y deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico”. Un mendigo está

desesperado. Su mano, con dedos temblorosos y agarrotados esta estirada. Un brillo acelerado de sus ojos brillantes ilumina a cualquier transeúnte. El hambre se apodera de él, abruma su pensamiento. Los dolores del hambre lo mantienen al borde de la desesperación. Si no hay piedad de la gente, sabe que debe morir.

De la misma manera, los pobres de espíritu conocen su desesperación espiritual. Bienaventurados los que, en su autoestima de su capacidad religiosa, son mendigos. Económicamente, no nos gusta ser mendigos. No queremos depender de nadie para nada. Nos rebelamos contra las enredaderas y detestamos los parásitos. Estos sentimientos son admirables en cuestiones económicas, pero cuando se trata de cuestiones religiosas, debemos invertir nuestro pensamiento. Por extraño que parezca, debemos aprender que la mendicidad, tan despreciada en otros asuntos, es en la religión *una virtud*, y que Dios concede Su bendito reino solamente a los pobres. “La pobreza puesta en el corazón se convierte en riqueza... Sólo los nobles piensan mal de sí mismos”.

Cuando un hombre se da cuenta de su *propia insuficiencia*, de su *propia inutilidad*, sólo entonces tiene la actitud mental y el corazón correcto para aceptar el evangelio. Mientras uno sienta que tiene algunas cualidades bastante buenas, mientras compare sus propios puntos buenos con los de otras personas,

mientras se sienta de alguna forma satisfecho y suficiente, uno en realidad es un rico en espíritu e incapaz para el reino de los cielos. Pero cuando un hombre siente que nunca ha depositado nada en el banco de los valores espirituales, y que no tiene ningún crédito allí, y que en verdad ante Dios está espiritualmente en *bancarrota*, entonces uno está listo para que un mensaje celestial *entre* en su corazón.

Isaías no pensó mucho en sus propias virtudes cuando se vio a sí mismo en comparación con el Alto y Santísimo: “Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isa.6:5). “Ay de mí” fue su valoración y “Ay de mí” debería ser el clamor de todos nosotros cuando consideramos lo que tenemos en nosotros mismos para ofrecer al Dios sin mancha.

“Un Espíritu Quebrantado”

“Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Sal.51:17).

Miles de ganado gordo y ovejas escogidas en los días del Antiguo Testamento eran sacrificios aceptables a Jehová y le agradaron mucho. Salomón ofreció ciento veinte mil ovejas y veintidós mil bueyes

en la dedicación del templo. Además de esos, muchos más fueron sacrificados “que por la multitud no se podían contar ni enumerar” (1 Rey. 8:63). Dios envió desde el cielo una nube de gloria para llenar el nuevo templo. ¿Cómo es posible que el Señor ha recibido tan voluntariamente ofrendas de animales y sin embargo haya inspirado a David a escribir “los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado”? Los modernistas alegan que la Biblia se contradice a sí misma de esta forma; que Dios en un momento ordenó las ofrendas de animales, y luego cambió de opinión. Pero para los estudiantes de la Biblia no hay ninguna dificultad. Durante toda la era Judía, Dios demandó ofrendas de animales, pero las aceptaba sólo si procedían de adoradores con corazones humildes y contritos. Mil ovejas gordas junto a un corazón orgulloso eran abominables ante el Dios santo. Pero dos palomas con el espíritu quebrantado y dependiente, sobre estos Dios sonreiría.

Un hombre puede ser limpio en su moral, honesto en sus negocios, generoso en sus ofrendas a la Iglesia y, sin embargo, ser *despreciado* por el Dios del cielo. ¿Por qué? Porque está orgulloso de su bondad y su corazón *no* es de baja condición. En cambio, un hombre en el fango del pecado, al darse cuenta de su sucia condición, despojándose de todo vestigio de orgullo, está más cerca del reino de los cielos, está más cerca de ser salvo, está más cerca del corazón de Dios que el otro (Luc. 18:9-14).

Jesús sabía que ciertos hombres tenían una alta estimación de su propia justicia cuando desafió: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Jn.8:7). Las palabras deberían haberlos derribado y deberían haber provocado lágrimas y exclamaciones de culpa. Pero los corazones endurecidos y orgullosos sólo pueden ser ablandados con dificultad, e incluso Jesús fracasó con los corazones de estos hombres. No admitieron ningún pecado, sino que se sintieron tan incómodos que se escabulleron, empezando por el mayor (v.9).

A menos que la cruz de Cristo haya *quebrantado* el espíritu de un hombre, a menos que el Calvario haya *aplastado* el corazón de un hombre, a menos que haya una *contrición* temblorosa al darse cuenta de la propia esterilidad, entonces ese hombre *no* está listo para el bautismo. El reino *no* es suyo todavía. Puede haberse mojado en el agua en el bautismo, pero a menos que haya sepultura interior en la propia muerte de Cristo, ese hombre *no* está en Cristo, y Cristo *no* está en él. Si se bautiza para estar en la misma Iglesia que su esposa, o porque su madre quiere que se bautice, él *no* está en el cuerpo de Cristo. Los ancianos pondrán anotar su nombre en el libro de la Iglesia local, pero el Escritor en el libro de la vida del Cordero no lo escribirá. Si es bautizado porque alguien imprudentemente dijo: “Serás de ayuda para la Iglesia. Necesitas a la Iglesia y la Iglesia te necesita a ti”, entonces fue el orgullo de sí

misimo lo que motivó su bautismo; él pensó que le estaba haciendo un favor a la Iglesia.

“Todo lo que necesitas es ser bautizado”, se ha afirmado de algunas personas de elevados principios y de una vida limpia. Pero puede ser que necesiten *algo más* que la sumersión en el agua; pueden necesitar *humillación* de espíritu y conocimiento de la *miseria* espiritual; pueden necesitar *aprender* que necesitan un Salvador.

“No les Respondió palabra”

A todos nos haría bien contemplar la pobreza de espíritu de la mujer Cananea que suplicó ayuda a Jesús. Cuando “Pero Jesús no le respondió palabra” (Mat. 15:23), un espíritu rico y orgulloso se habría alejado con resentimiento. Cuando el Maestro dejó en claro que su ministerio actual estaba restringido a los Judíos, no se mostró amargura en su espíritu mientras lo adoraba y continuaba rogando: “¡Señor, Hijo de David, ¡ten misericordia de mí!”. (v.22). ¡Señor, socórreme!” (v.25). Mire ahora la próxima prueba de Jesús a su espíritu “—oró para que no venga a mí— cuando le dijo que “No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos” (v.26). “Me llamó un perro”, habría sido la exclamación airada de despedida de los orgullosos. Y los orgullosos se habrían quedado sin bendición. Pero esta mujer no conocía el orgullo con su hija tan afligida, y su espíritu era humilde y

mendigo cuando insistió “Sí, Señor; pero aun los perillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos” (v.27). Esta mujer estaba en profunda necesidad, y ningún médico podía ayudarla. ¿Le molestaría que la llamaran perro? De ser así, su hija todavía habría estado enferma. ¿Sería tan humilde como un perro que lame la mano de su amo y lame las migajas del suelo? De ser así, su hija se curaría. ¿Sentiría yo sinceramente mi propia insuficiencia en presencia del Dios puro?, ¿Y me sentiría verdaderamente manso ante el Único que podría ayudarme?, Entonces él me bendecirá, y su reino de amor, paz y justicia bendecirá mi vida.

Un Oficial Etiópe

A un funcionario gubernamental que leía la Biblia se le preguntó: “¿Entiendes lo que lees?” (Hech.8:30). No se sintió insultado, porque su corazón era recto y su espíritu pobre. “¿Y cómo podré, si alguno no me enseñará? (v.31) fue su humilde respuesta e invitó al extraño a explicarle la Escritura. Si hubiera respondido: “¿Por qué crees que estoy leyendo si no entiendo?, nunca se habría salvado. ¡Pero la *actitud* de su corazón lo llevó a *escuchar* y conoció al único Salvador del mundo! Si hubiera pensado que conocía *todas* las respuestas, el mensaje de Jesús no lo habría iluminado aquel día. Pero, al ser manso y fácil de tratar, se le podía hablar, y de ello *dependía* su salvación. Se dio cuenta de que el camino de la

salvación no *está* en el hombre y que el hombre no puede dirigir sus *propios* pasos (Jer. 10:23).

Un arbolito, pequeño pero satisfecho de sí mismo, miró hacia el suelo, luego sacudió la cabeza y gritó: “¡Mira qué alto soy y qué lejos de la tierra!” Y jactándose de ello, se balanceaba en una alegría despreciable. El pino más alto del bosque alzó su cabeza hacia el cielo y suspiró mientras miraba: “Ay, qué pequeño soy, y que tan lejos los grandes cielos están de mí; qué años de espacio hay entre yo y aquella estrella”. Nuestra altura depende de lo que medimos — si hacia *arriba* desde la tierra o hacia *abajo* desde el cielo.

— Seleccionado

La Segunda:

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”

— Mateo 5:4

CAPITULO DOS

Lágrimas en una Botella

¿Se pronuncia una bienaventuranza sobre las personas porque lloran? ¿Hay virtud en el acto de llorar? ¿Jesús quiere que la gente esté triste? No, el buen Señor quiere que todas las personas sean felices. El hombre sabio dijo, “El corazón alegre constituye buen remedio; Mas el espíritu triste seca los huesos” (Prov.17:22). Y Pablo dijo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil.4:4). Por lo tanto, nunca se puede decir que haya algo bueno en el lamento en sí mismo. Los que te han enseñado que no se puede pasar por un buen momento y disfrutarlo y ser Cristiano simplemente no conocen a Cristo.

Y si hay alguien en la comunidad que es una mala publicidad para el Cristianismo es la persona de cara alargada cuyo rostro se rompería si sonriera. Un “manto mojado” no permitiría brillar su luz para atraer

a las personas al Señor. Su actitud hará que los de afuera se alejen de la Iglesia.

Duelo Sin Consuelo

¿Serán bienaventurados todos los que lloran? Muchos estudiantes lamentan sus calificaciones en los exámenes; el estudiante Japonés, al reprobar un curso, piensa que el suicidio es la única salida honorable. Jesús no estaba enseñando que los jóvenes negligentes se consolarían sólo porque lloraban por sus malas calificaciones.

Un Joven del Colegio Freed-Hardeman, interrogado por el hermano Hardeman, lloró abundantemente cuando admitió haber robado un libro de física. El austero profesor no encontró consuelo para ese llanto, afirmando: “No estas llorando porque lo sientas; sólo lo sientes porque te atraparon”.

Incluso los delincuentes adultos se vuelven religiosos en la cárcel, leen la Biblia y llaman a los Sacerdotes. Algunos dolientes son bendecidos, pero seguramente no aquellos que están encarcelados en esa condición. También un borracho llora sus penas, maldice al mundo cuando pierde su trabajo. Entonces está profundamente afligido, pero lo más probable es que se trate de una “tristeza del mundo” que “produce muerte” (2 Cor.7:10).

Aun Judas se lamentó por lo que hizo (cf. Mat.27:3-4), pero hasta el día de hoy sería mejor que nunca hubiera nacido (Mat. 26:24). Muchos de “los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre” clamarán tristemente a las rocas y a las montañas: “Caed sobre nosotros, y escondednos” (Apoc.6:15-16). Nunca tendrán consuelo.

En Jerusalén todos los Viernes por la tarde los Judíos se reúnen en su Muro de Lamentos. Tanto hombres como mujeres dejan caer las lágrimas y leen en voz alta palabras de dolor:

Por el palacio que está
desolado,
Nos sentamos en soledad y
lloramos;
Por nuestros grandes hombres
que yacen muertos,
Por las piedras preciosas que
están quemadas,
Nos sentamos en
soledad y lloramos.

*(Lands of the Bible, J. W.
McGarvey, 188).*

“Ellos continúan esperando la venida del Mesías y la restauración del reino de David, y continúan

ofreciendo oraciones que no pueden ser escuchadas, porque no son ofrecidas en el único nombre por el cual el hombre ahora puede acercarse a Dios”, escribió el hermano McGarvey. El dolor de estos Judíos es un duelo desconsolador.

Bancas de Dolientes

Las personas sentadas en las bancas de los dolientes son dignas de lástima por sus exuberantes llantos por la salvación. Pero, pobres pueblos descarriados, para ellos no hay bálsamo en Galaad. Pablo estuvo en lamentos profundamente durante tres días y tres noches. Cuando llegó el predicador de Dios, no le dijo a Pablo que orara por la salvación, que orara para que el Espíritu Santo llenara su alma o que pidiera una segunda bendición. En realidad, Ananías interrumpió la oración de Pablo y le ordenó: “Ahora, pues ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hech. 22:16.) Dejar de orar, dejar de llorar y obedecer los mandamientos del Señor es lo que los pecadores “deben” hacer (Hech. 9:6), después del bautismo se regocijarán y orarán sin cesar.

Lamentos en el Lecho de la Muerte

Un secuestrador al sur de St. Louis, baleado y paralizado, de repente se volvió muy religioso. Oró,

leyó y llamó a predicadores. (Un predicador le dijo que debía regalar a la Iglesia un diamante costoso si quería consuelo con Dios; el predicador se lo llevó). El hombre se mejoró y pronto se encontró nuevamente con sus negocios ilícitos. Pero incluso si hubiera muerto mientras regalaba su diamante, no hay consuelo en las Escrituras para los que no son sinceros. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mat.7:21). El que “rehúsa creer en el Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn.3:36).

En el Funeral de un Pecador

Los familiares ante el féretro de un réprobo se sientan afligidos. Un predicador, desconocido e inútil hasta ese momento, es llamado para aliviar el dolor. Pero ningún ministro temeroso de Dios puede predicar del cielo a semejante personaje. Ni de la segunda bienaventuranza, ni de ningún otro texto, se puede dar las condolencias a esos familiares afligidos. Sin embargo, muchos predicadores, al intentar aliviar el duelo, causan un daño incalculable y duradero, no sólo a sus familiares, sino a sus propias almas.

Dolientes Bienaventurados

Aunque el banco quiebre y el bono no tenga valor, el verdadero Cristiano se consuela, porque sus

tesoros están en el cielo, donde los ladrones no minan ni hurtan (Mat.6:19) Y bienaventurada la madre que llora la muerte de su hijo. Su consuelo es que el reino de los cielos pertenece a los niños pequeños. A la muerte de los santos cesa todo dolor y sufrimiento. Morir es ganancia (Fil.1:21) “Ahora son consolados” (Luc. 16:25) se habla de aquellas personas piadosas cuya vida terrenal era de lamentos. El hecho de que dejen las cosas físicas es una liberación para ellos, y el hecho de que vayan a estar con el Señor es precioso a los ojos del Padre (Sal.116:15). Los familiares y amigos Cristianos se consuelan, porque no se entristecen como los otros que no tienen esperanza, sabiendo que a los que “duermen en el Señor”, “traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él” (1 Tes. 4:14).

El Dios de toda consolación (2 Cor. 1:3-4) consuela a su pueblo en todas sus aflicciones, y ellos a su vez pueden consolar a otras personas por el consuelo con el que ellos mismos son consolados por Dios.

Del cielo a la tierra Jesús vino “para consolar a todos los enlutados... a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar del luto, manto de alegría en lugar del espíritu del espíritu angustiado” (Isa. 61:2-3.) Las lágrimas derramadas en un desierto solitario por una mujer triste llamada Agar no pasaron desapercibidas para el Dios viviente (Gén. 16:13-14.) Las lágrimas de

los santos son, por así decirlo, recogidas y puestas en un odre, y están escritas sobre ellas en el libro de Dios (Sal. 56:8.) “Por la noche durará el lloro, Y a la mañana vendrá la alegría” (Sal. 30:5.) “Enjugará Dios toda lágrima de sus ojos, y no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las cosas primeras pasaron” (Apoc. 21:4.)

La Tercera:

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad” — Mateo 5:5

CAPITULO TRES

Humildad Gentil

¿Quiénes son las personas mansas? ¿Qué se puede decir del carácter y la disposición de una persona si es mansa? Como se usa a veces, la palabra significa “dócilmente sumiso, sin espíritu”. Sin embargo, no cabe duda de que Jesús no estaba usando la palabra en ese sentido apático. Al contrario, estaba reconociendo a esta clase de personas. Por lo tanto, otra definición del diccionario es más probable que sea la que nuestro Señor tenía en mente: “temperamento apacible; no se irrita o se provoca fácilmente; paciente ante las injurias; no vanidoso, no altivo, o resentido”.

La palabra Griega original que nuestro Señor utilizó en Mateo 5:5 es *Praos*. Aristóteles definió esta palabra como “el punto medio entre la ira obstinada y esa negatividad de carácter que es incapaz incluso de una indignación justa”. El diccionario Griego define el verbo del que proviene el adjetivo *praos* con el significado de suavizar, apaciguar, calmar, domar,

abatir, apaciguar. Cuando se empleaba para referirse a animales, los Griegos tenían el significado de *domesticar*. Cuando se empleaba el sonido de la palabra querían decir que era *blando* y *suave*. Cuando lo empleaban para referirse a personas querían decir que las personas eran mansas y gentiles. La palabra Inglesa “gentleman” (caballero) debería tener más significado que el de una distinción con respecto al otro sexo.

¡Todo hombre debería desear tal carácter y disposición que otras personas puedan interiormente pensar cada vez que el nombre de ese hombre viene a la mente de una persona gentil, un caballero!

Sin embargo, el uso Bíblico de la palabra manso incluye más que gentileza. Zacarías (9:9) profetizó que Jesús sería “humilde”. El Nuevo Testamento (Mateo 21:5) cita al profeta del Antiguo Testamento y llama a Jesús “manso”, por lo que la Biblia enseña que la mansedumbre es la gentileza unida a la humildad.

El Manso

Nunca puede haber un mejor ejemplo de verdadera mansedumbre que el hombre de Dios descrito en Números 12:3: “Y aquel hombre Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra”. Cuando su hermano y su hermana mayores se portaron mal, Moisés no se

mostró resentido. Cuando el Señor se hizo cargo del mal cometido por María y Aarón y los reprendió, aun así, Moisés no se enojó. Este manso hombre de Dios, a quien en verdad se le puede llamar un caballero, acudió a Dios en oración a favor de su desconsiderada hermana, diciendo: “Te ruego, oh Dios, que la sanes” (Num.12:13-15). En otra ocasión, un joven corrió hacia Moisés para informarle que Eldad y Medad estaban profetizando en el campamento. Un líder altivo habría exclamado: “¿Quién les dio permiso?” Josué, el asistente de Moisés, tuvo celos por causa de su maestro y dijo: “Señor mío Moisés, impídelos”. Pero la grandeza de la mansedumbre de Moisés pasó a primer plano en su respuesta gentil y humilde: “¿Tienes tú celos de mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que el Jehová pusiera su espíritu sobre ellos” (Núm.11:26-29).

Otro ejemplo vívido de verdadera mansedumbre lo encontramos en la persona del rey David. Cuando el malvado Simei se acercó al rey, maldiciendo, arrojando piedras y polvo contra el rey de Israel, David estaba tranquilo. Uno de los guardaespaldas (Abisai) del rey estaba muy indignado y le gritó al rey: “¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza” (2 Sam.16:9). Una disposición gentil hizo que David respondiera: “He aquí mi hijo que ha salido de mis entrañas, acecha mi vida; ¿cuánto más ahora un hijo de Benjamín? Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo

ha dicho. Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy" (vv.11-12).

El apóstol Pablo rogó al pueblo Cristiano que hiciera lo correcto debido a "la mansedumbre y ternura de Cristo". (2 Cor. 10:1). La mansedumbre y la humildad del Maestro se ven en sus tiernas y pacientes palabras a la mujer pecadora caída a sus pies: "Ni yo te condeno; vete, y no peques más" (Jn.8:11). Pero nadie debería tener la impresión de una *pasividad* débil en el carácter de Jesús. Cuando usted lo ve con una cuerda sacando a los hombres del templo, y cuando le ve volcando las mesas del cambio de monedas (Mat.21:12; Mar.11:15-16), no se debe tener la idea de que Jesús es como "el señor que reparte la leche" en el pueblo. Por lo tanto, a veces un verdadero caballero no es muy gentil. Los maestros del Evangelio que siguen los pasos de Jesús serán, como él, la *mayor* parte del tiempo serán apacibles y tranquilos. Pero a veces estarían haciendo mal si no expresaran sentimientos fuertes y no estarían siguiendo el ejemplo del Señor.

El apóstol Pablo dejó estrictamente en manos de los hermanos de allí la cuestión de cómo iba a llegar a Corinto. "¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?" (1 Cor. 4:21). De este modo, el apóstol trazó una línea entre la repremisión severa y el espíritu de mansedumbre. Ambas características deben ser a veces características del pueblo de Dios. Uno de los *frutos* de la presencia

del Espíritu en nuestras vidas es la mansedumbre. (Gál. 5:23.) Usted y yo *no* estamos listos para hablar con un reincidente y tratar de restaurarlo a su primer amor a menos que ese fruto del Espíritu se haya vuelto una realidad en nosotros (Gál. 6:1.) Una de las formas en que debemos trabajar como “es digno de la vocación con la que somos llamados” es “con toda humildad y mansedumbre” (Efe. 4:1-2.) Bajo la semejanza de un vestuario, Pablo exhorta al pueblo de Dios a vestirse de “entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia” (Cor. 3:12). El anciano apóstol Pablo aconsejó a un joven que huyera del amor al dinero y siguiera “la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre” (1 Tim. 6:11). La obra de ese joven al tratar de corregir a los que se oponen a la verdad debe realizarse, dijo el apóstol inspirado, “con mansedumbre” (2 Tim. 2:25).

Para que el pueblo de Dios tenga una buena reputación en cada comunidad, el mismo apóstol inspirado manda que se muestren en toda mansedumbre (Tito 3:2). La mejor forma, enseñó otro apóstol inspirado, para que una esposa Cristiana convierta a un marido no Cristiano es desarrollar “un espíritu afable y apacible, que es de gran valor delante de Dios” (1 Ped. 3:4). El apóstol Pablo estaba enfatizando que una esposa que es simplemente atractiva para su marido con ropa y adornos no estaba considerando lo principal. El *carácter* de una mujer, y

en este sentido también el del hombre, es mucho más importante que la apariencia exterior. A la larga todas las personas le admirarán más *si* su disposición es mansa y tranquila.

El mismo apóstol Pedro dice a todos los Cristianos que estén preparados para explicar a cualquiera por qué creen que van al cielo, pero que se aseguren de dar esa explicación “con mansedumbre y reverencia” (1 Ped. 3:15). La reverencia y la humildad que están incluidos en el significado Bíblico de mansedumbre también se ven cuando leemos acerca de la disposición con la que todos debemos recibir la Biblia; “recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Sant. 1:21).

La Tierra

¿Cuál es la tierra que nuestro Señor ha prometido a los mansos? Si alguien pensara que esta tierra literal es lo que Jesús tenía en mente, entonces el hombre más manso que jamás haya existido no habría recibido la promesa. Moisés vagó sin hogar durante cuarenta años con la esperanza de heredar la tierra prometida, pero solo pudo mirarla (cf. Deut.32:48-52) La Biblia también nos dice que Jesús era un hombre manso y, sin embargo, lejos de heredar la tierra, literalmente dijo: “Las zorras tienen guardadas, y las aves del cielo

nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza" (Mat.8:20).

Algunas personas equivocadamente creen que la promesa de la Tierra se cumplirá literalmente en una epopeya de mil años después de que Jesús venga la próxima vez. Sin embargo, la Biblia es bastante explícita en que el pueblo de Dios se levantará de esta tierra literal para encontrarse con el Señor en el aire y estar siempre con Él. (1 Tes. 4:17).

No hay ninguna promesa, ni siquiera una indicación, de que Jesús alguna vez vuelva a poner *un pie* en esta tierra literal. Después de que los Cristianos sean arrebatados para estar con el Señor, vendrá una terrible destrucción en llamas de fuego de esta tierra física, "Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán desechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser desechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!" (2 Ped.3:10-11). Además de entrar en conflicto con las palabras del apóstol Juan. El hombre inspirado en la isla de Patmos escribió que habrá "un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron...Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas" (Apoc. 21: 1-5.) ¿Qué es entonces la tierra que nuestro Señor ha prometido a todos los mansos? El inspirado

apóstol Pedro nos dice que “pero nosotros, esperamos, según su promesa, cielos nuevos y tierra nueva, en los que mora la justicia”. (2 Ped. 3:13).

Cuando uno lee la bienaventuranza de Mateo 5:5 y se pregunta qué significaría la promesa de la tierra, ciertamente uno recibe ayuda si lee la bienaventuranza en Mateo 5 versículo 8 y en el versículo 12. El pueblo de Dios “Verá a Dios” y su recompensa es “grande en los cielos” (v.12). Por tanto, queda bastante claro que la tierra que heredarán los mansos es el cielo *mismo*. Los héroes de la fe de la antigüedad, como Abraham, “Conforme a la fe murieron todo estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo desde lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Heb.11:13).

“Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (Heb. 11:16). En esta tierra “no tenemos ciudad permanente, sino que buscamos la venidera (Heb. 12:14). El apóstol Pablo es uno de los hombres mansos de todos los tiempos. No pensó que por vivir en una casa alquilada y saber que le cortarían la cabeza, la promesa de esta bienaventuranza había caído al suelo, sino que creía que el cumplimiento de la promesa de Jesús a los mansos sería, dijo, en su reino celestial: “A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (2 Tim. 4:18).

Mansedumbre por si Sola

No importa cuán hermosa sea la gracia interior de una gentil humildad en la vida de alguien, esa admirable cualidad por *sí sola* no llevará a nadie al cielo. Es verdad que nadie puede prescindir de ese hermoso atributo, pero por sí solo no te abrirá las puertas del cielo. Si pudiera, entonces el ser humano tendría el poder de la salvación. Cada hombre sería su *propio* salvador, y la salvación se basaría en las *obras* humanas. La muerte de Cristo sería innecesaria, porque habría hombres mansos antes de que Él viniera a la tierra. Además, entonces de ser manso, uno debe convertirse en un hijo de Dios al nacer de nuevo del agua y del Espíritu (Jn. 3:5). Cuando usted ha nacido de nuevo, usted se ha convertido en un hijo del cielo y tiene la promesa de ser heredero de Dios y coheredero con Jesucristo (Rom. 8:16-17) Entonces esperará un cielo nuevo y una tierra nueva.

La Cuarta:

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” —

Mateo 5:6

CAPITULO CUATRO

Un Apetito Espiritual

¿Qué provocará que un hombre cuando tenga hambre? ¿Este Sediento? El ansia por la comida y el agua ha hecho que los hombres pierdan el juicio. Esaú, al oler el potaje rojo hirviendo, pensó que moriría si no satisfacía su apetito (cf. Gén.25:29-34). Por un plato de lentejas del hoy, él intercambió una herencia futura, despreciando de este modo su primogenitura. Dejó que el hambre *anulara* el buen juicio. “Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas” (Heb.12:17).

Algunos Israelitas, al recordar los asados, el ajo, las cebollas y los melones de su madre, empezaron a babear. Dejando que sus apetitos fueran sus amos, irritaron tanto a Dios que lo obligaron a traer una plaga sobre ellos. Dado que el hambre es lo

suficientemente poderosa como para hacer que un hombre robe, Agur oró para que nunca se viera afectado por la pobreza "... O que siendo pobre, hurte, Y blasfeme el nombre de mi Dios" (Prov.30:9b). Robar, por supuesto, es malo, pero si se hace porque el hombre tiene hambre, "No tienen en poco al ladrón si hurta Para saciar su apetito cuando tiene hambre" (Prov.6:30).

El asedio de Jerusalén por el general Tito en el año 70 D.C. provocó una hambruna que "confundió todas las pasiones naturales", informó Josefo. Los Judíos salieron sigilosamente de la ciudad por la noche "para recolectar algunas plantas y hierbas que crecían silvestres". Y los niños se sacaban de la boca los mismos bocados que comían sus padres, y lo que era aún más lamentable, lo mismo hacían las madres con sus bebés" (*Guerras de los Judíos*, Libro V, Capítulo X).

En una hambruna Samaritana, la cabeza de un burro se vendió por unos 40 dólares y los despojos de una paloma se utilizaron como alimento para los humanos (2 Reyes 6:25.) Y por muy poderoso que sea el amor maternal, a veces ha prevalecido el deseo por el alimento físico: "Cocimos, pues, a mi hijo, y lo comimos" (v.29).

El Señor Jesús conocía el impulso casi ingobernable de los seres humanos por satisfacer las punzadas del hambre y las ansias del agua. Él sabía

personalmente cómo se siente pasar un mes sin comer. Él sabía lo que se siente tener la garganta seca y los labios resecos al exclamar: “Tengo sed” (Jn.19:28) y que le den un sorbo de vinagre. Él, conociendo el deseo físico innato por la comida y la bebida, pensó que no podía utilizar mejor comparación para mostrarnos cuán deseosos deberíamos estar por la comida y la bebida espirituales.

La Justicia

¿Qué es el asunto tan importante a los ojos de Jesús que deberíamos tener hambre y sed de ello? “Justicia” proviene de una palabra (*dike*) que significa “recto”. Todo lo que es recto es justo y es justicia. Es “el estado de quien es tal como debería ser” (Thayer).

Implica hacer lo correcto para uno mismo, para el prójimo y para Dios. Un empleador dice: “os daré lo que sea justo” (Mat. 20:4). “Él hizo lo correcto conmigo” expresa justicia hacia el prójimo.

En comparación con otros seres humanos, se puede decir que un hombre es justo (Luc. 1:6). Pero en comparación con el Dios puro y santo, “no hay justo, ni aun uno” (Rom. 3:10).

No importa cuánto lo intentes, no puedes ser tan justo *como* Dios. Por mucho que lo intentes, en el sentido absoluto “Ciertamente no hay hombre justo en

la tierra, que haga el bien y no peque" (Eccl. 7:20). Incluso las mejores personas no sólo dicen, hacen y piensan lo que no deberían, sino que dejan de decir, de hacer y de pensar lo que *deberían*.

Sin duda, hay grandes almas que han vivido y muerto sin haber pecado jamás de presunción (con una "mano alzada" Núm. 15:30 -- ASV), pero nunca ha habido un ser humano que haya vivido sin faltas ocultas (Sal. 19:12). Hay faltas ocultas para uno mismo, pero no ocultas para aquel cuyos "ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres" (Sal.11:4).

Todo ser humano nace en un mundo de iniquidad, y en un mundo de pecado nos conciben nuestras madres (Sal. 51:5). Después de hacer algo, nos damos cuenta del hecho de que hemos hecho lo que *no* deseábamos (Rom. 7:15). Lo que odiamos, de repente nos damos cuenta de que lo hemos cometido. Hay una ley del pecado que lleva cautivo al hombre. "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7:24).

No hay forma humana para que yo alcance la justicia perfecta, y de ninguna manera entrará en el cielo nada inmundo, nada que sea pecaminoso (Jn 8:21; Apoc. 21:27). Sólo el hombre no tiene esperanza. Pero hay uno que es "la esperanza de gloria" (Col. 1:27). Cuando un hombre está completamente

desesperado, es Cristo el que *viene* al rescate. Cuando un ser humano se lamenta en una miseria impura, él puede abrir los ojos y contemplar al que “cabalga sobre palabra de verdad” (Sal. 45:4).

El que cabalga en justicia, con vestiduras ungidas con mirra y casia, en cuyos labios se derrama la justicia, tendrá por nombre: “Jehová justicia nuestra” (Jer. 23:6) Jesús, llamado Jehová, amaría la justicia y aborrecería toda maldad (Heb. 1:9). Convenció a un predicador para que lo bautizara cuando no tenía pecados que lavar porque el bautismo es parte de la justicia (Mat. 3:15.) “todos tus mandamientos son justicia” (Sal. 119:172).

Y Dios acumuló todos los pecados del mundo sobre el Justo, haciéndolo pecado al que no conoció pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios por él. Por lo tanto, no es de extrañar que un Cristiano pueda exclamar: “Gracias a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (Rom. 7:25).

Justicia No Aplicada

Que la justicia perfecta de Jesús se aplica a nuestras almas llenas de pecado como un bálsamo sobre una herida es el pensamiento equivocado y precioso de muchas personas. Las Escrituras *no* enseñan una justicia aplicada o frotada. Tal como la limpieza de una madre no se puede transferir a su hijo

ensuciado, la bondad de Jesús no se aplica a los pecadores. Pero el barro y el hollín de nuestros pecados recayeron sobre él, dejándonos limpios, blancos y justos.

No es Justicia Actual

Aunque los beneficios de ser declarados justos nos son certificados para siempre, esa justicia no es actual. Lo malo es malo y, aunque nos arrepintamos, el hecho sigue ahí. La recompensa y la restauración son útiles, pero el hecho de haber obrado mal es imperecedero.

Incluso Dios (hablo con reverencia) no puede eliminar el hecho de la mala acción de un hombre. La sangre del Mesías no derriba los pecados que se han cometido.

Las personas asesinadas todavía están asesinadas, y el arrepentimiento no resucita a los asesinados de entre los muertos. Entonces, la justicia que se nos atribuye por causa de Jesús no es actual: es justicia sustituta. Cristo recibió una golpiza (Isa. 53:4-5).

En nuestro lugar. El santo Padre compasivo está dispuesto a llamarnos justos, a considerarnos justos, cuando por la fe nos cubrimos bajo el manto de su sangre.

No Solo por Fe

Pero la fe por la que llegamos a la sangre y por la que somos considerados justos no es sólo fe. Es fe sin las obras del Antiguo Testamento, y es fe sin nuestras *propias* obras de justicia, pero no es sólo fe. Es la “obediencia de la fe” (Rom. 1:5) por la cual Dios nos considerará justos y rectos.

Cuando somos justificados por la fe (Rom. 5:1) no sólo hemos creído mentalmente sino que también nos hemos arrepentido, hemos confesado su nombre y hemos sido bautizados en Él.

Desde este punto de vista, la fe es una palabra compuesta. La fe tiene sus escalones (Rom.4:12). Oír es el *Primer* paso, porque nadie puede ejercer fe sin escuchar la Palabra de Dios (Jn.6:44-45; 20:30-31; Hech.15:7; Rom.10:17). Cuando uno ha oído, uno está listo para el paso número *Dos*: Creer lo que uno ha escuchado, es decir, dar un asentamiento mental a la historia de Jesús (Mar.16:16; Hech.11:21; 18:8).

El paso número *Tres* es la fusión muy natural del propio deseo en favor del deseo de Cristo – un cambio de mentalidad llamado arrepentimiento (Luc. 24:26-47; Hech. 2:38; 3:19) El paso número *Cuatro* es la expresión natural de los labios del pensamiento de la mente de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. (Mat. 10:32; Rom. 10:9-10) El paso número *Cinco* es esa parte

de la fe que nos pone “en Cristo” y por la cual nos reviste de Él (Gál. 3:27). El bautismo es el paso en el cual usted es trasladado del poder de las tinieblas al reino de su amado Hijo (Col.1:13).

Ninguno de los pasos anteriores por sí *solo* es la fe que hace justicia. Así como un cupón de ferrocarril en un billete dice: “No es bueno si está despegado”, de igual modo, cualquier paso de fe despegado es inútil. Oír la palabra es imperativo, porque sin ella no hay salvación, pero oír sólo es una necedad (Mat. 7:21-24; Sant. 1:21-25).

El asentimiento mental es esencial, pero por sí sola está muerta (Sant. 2:19-24). Un cambio de mentalidad llamado arrepentimiento no es bueno despegado—resultando solamente en voltear a una nueva página en la vida de uno.

A menos que el arrepentimiento esté conectado con Cristo (Luc.24:47) y hacia Dios (Hech. 20:21), no es parte de la fe que hace a uno justo. Nadie se salva sólo con la confesión —los demonios hicieron lo mismo (Mar. 3:11). Pero no puedes ser salvo sin confesar (Rom. 13:11).

Nadie se salva *sólo* por el bautismo, aunque la mayor parte de la Cristiandad ha experimentado una salvación *sólo* por el bautismo: Ellos han sido bautizados (?) como niños *sin* oír, *sin* creer, *sin*

arrepentirse, *sin* confesar. El bautismo, incluso si es bautismo y no *aspersión*, no es parte de la fe correcta si está despegado. A menos que esté precedido por los otros cuatro pasos de la palabra compuesta “fe”, el bautismo es peor que inútil. Pero, precedido por una escucha honesta, una creencia sincera, un arrepentimiento genuino y una confesión verdadera, es un servicio sagrado y parte de la fe que viene bajo el manto de la sangre del Mesías.

Justo con Respecto al Pasado

No importa qué pecados haya en su registro, aunque sean rojos como el carmesí, serán tan blancos como la nieve (Isa. 1:18). Cuando estás empapado saliendo de las aguas bautismales, has sido hecho justo ante los ojos de Dios. Él te ha perfeccionado para siempre (Heb. 10:1) en lo que respecta a su antigua vida, y su pasado nunca volverá a ser recordado de nuevo. Cuando Dios entierra un hacha, queda enterrada. “Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” es la promesa de aquel que no puede falsificar (Heb. 10:17).

Justo con Respecto al Presente

Si después del bautismo hacemos lo correcto, seremos justos como Él es justo (1 Jn. 2:29; 3:7). Cuando fallamos, tenemos un Abogado ante el Padre

(1 Jn.2:1-2). Cuando confesamos humildemente nuestras injusticias (de hacer o no hacer) y pedimos perdón a través del nombre de Jesús, entonces nuestro hermano mayor celestial toma nuestra petición y le pide a Dios que nos la conceda. Esto lo hace, no porque merezcamos perdón, sino que le dice al Padre: Mira mi sangre, y deja que ella sea un sustituto.

Y el Padre dice: El pecado es horrible, el pecado es negro, pero, Hijo, el amor en Tu sangre sin pecado me permite permanecer puro y aun así pasar por alto los pecados de ellos. Por esto Dios es justo y al mismo tiempo justifica a los impíos (Rom. 3:26). Día tras día, a medida que confesamos nuestros fracasos, la sangre de Jesucristo continúa lavando nuestros pecados. Y nos mantiene limpiándonos (1 Jn. 1:7). De esa manera, aunque muramos en un accidente repentinamente, siempre estaremos listos para encontrarnos con Dios en perfecta paz.

Justo con Respecto al Futuro

Por la gracia de Dios los Cristianos tienen un gran futuro. “¡Muera yo la muerte de los rectos, Y mi postrimería sea como la suya!” (Núm. 23:10). El que ha entrado en su reposo ha “también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (Heb. 4:10) y se une a las filas de los “espíritus de los justos hechos perfectos” (Heb. 12:23). “Estimada a los ojos de Jehová es la muerte de sus santos” (Sal. 116:15).

La Quinta:

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” — Mateo 5:7

CAPITULO CINCO

Un Bumerán

El pecado es pecado, y de ningún modo entrará “cosa inmunda” al cielo, cualquier pecado, ya sea considerado grande o pequeño (Apoc.21:27). Sin embargo, algunos pecados son “mayores” (Jn 19:11), y algunas virtudes son “más importantes” (Mat. 23:23). Entre los mandamientos más importantes de Dios está: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestra Padre es misericordioso” (Luc. 6:36.) La misericordia es “buena” y es lo que el Señor requiere (Miq. 6:8). Así como todas las mentiras tienen su origen en aquel que “es mentiroso y padre de mentira (Jn. 8:44), así todos los actos de misericordia fluyen de aquel que es “Padre de misericordias” (2 Cor. 1:3). Si un ser humano quiere ser seguidor de Dios como un niño sordo (Efe. 5:1), se esforzará por aprender el significado de este atributo que se origina en Dios y es una parte tan importante de Dios.

Una Huelga Sentado

Cuando el compasivo Padre decidió que no tendría que destruir a los Nínive, ahora llorando y arrepentidos, entonces Jonás se disgustó “se apesadumbró en extremo, y se enojó,” (4:1). Quería que Dios hiciera lo que había dicho que haría: “De aquí a cuarenta días Nínive será destruida” (Jonás 3:4). Era portavoz de Dios, pero personalmente no había participado de la naturaleza divina. Era un predicador, pero necesitaba *escuchar* la predicación. Haciendo berrinches, “Jonás salió de la ciudad y acamposó hacia el oriente de la ciudad, y se hizo una enramada, y se sentó debajo de ella a la sombra, hasta ver qué acontecería en la ciudad” (4:5). Allí, durante su huelga sentado con los brazos caídos, “tuvo compasión” por una calabacera con forma de hoja de elefante muerta por un gusano, pero no tuvo ninguna compasión por los 120, 000 ciudadanos de Nínive, ¡incluso los niños! Esperemos que el predicador desalmado superara su hechizo de ira: “Oh Jehová, te ruego que me quites la vida, porque mejor me es la muerte que la vida” (4:3).

Justicia Estricta

De acuerdo a la justicia estricta, el padre del hijo pródigo habría cerrado la puerta al muchacho arrepentido. La misericordia recibió al joven e hizo felices tanto al padre como al hijo. La misericordia es “dos veces bendita: bendice al que da y al que la

recibe". Así como ese padre se compadeció de su hijo, así el gran Padre "es muy misericordioso y compasivo", conociendo "nuestra condición" y recordando "que somos polvo" (Sant. 5:11; Sal. 103:14).

Según la justicia estricta, ningún ser humano podría ir al cielo, porque "todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Rom. 3:23). Pero en la cruz "la misericordia y la verdad se encontraron; La justicia y la paz se besaron" (Sal. 85:10). La verdad dice: Los pecados del hombre le impiden acceder a la ciudad de Dios; La misericordia dice: ¡Que la sangre de Cristo cubra las deficiencias del hombre! La justicia no permite que un pecador cruce los portales del cielo; La paz dice: ¡Que Cristo sea el mediador para que haya reconciliación entre el hombre y su Hacedor! "Padre, perdónalos".

"Aprenda lo que esto Significa"

Al menos dos veces Jesús exhortó a las personas a estudiar para descubrir qué quería decir Oseas (6:6) con la afirmación: "Porque misericordia quiero, y no sacrificios". No es que el Señor no quisiera que los Judíos ofrecieran sacrificios de animales —los aceptó— sino que, si iban a elegir entre las dos, ¡Dios no aceptaría solo sacrificios!

Si un hombre insiste en la inmersión, pero no muestra bondad humana, no ha aprendido lo que Jesús

quiere que conozca. Y esta declaración no pretende menospreciar la inmersión, porque ningún hombre puede agradar a Dios sin ella.

Si un hombre insiste en el nombre Cristiano pero no dice nada sobre el cuidado de los desamparados y marginados, no ha aprendido “lo que esto significa”. Y esto no quiere decir que el nombre importe poco, porque ningún hombre puede agradar a Dios sin glorificar “a Dios en este nombre” (1 Ped. 4:16).

El Interés propio demanda un Corazón Compasivo

Si un hombre no se esfuerza por ser misericordioso porque participa de la naturaleza divina, debería verse obligado únicamente por razones egoísticas a desarrollar la gracia de la compasión. Todo lo que sembremos, lo cosecharemos (Gál. 6:7). Hay alguien que gobierna de tal manera los asuntos del universo de tal manera que hace que los “enemigos del hombre bueno estén en paz con él” (Prov. 16:7). Normalmente nadie te hará daño si eres inofensivo (1 Ped. 3:13).

Si somos autoritarios y exigentes, Dios se encargará de que caigamos bajo el dominio de aquellos igual de crueles y exigentes. Si tratamos a los demás con indulgencia, de la misma forma seremos tratados nosotros. Si juzgamos con dureza, “con el

juicio" que juzguemos, "seremos juzgados" (Mat. 7:2). El capturado Adoni-bezek entendió por qué Josué le amputó los pulgares y los dedos gordos de los pies, diciendo: "Sesenta y diez reyes, cortados los pulgares de sus manos y de sus pies, recogían las migajas debajo de mi mesa; como yo hice, así me ha pagado Dios" (Jue. 1:7).

Los Cristianos han sido bondadosamente perdonados por sus malas acciones, pero se les ha advertido que serán entregados "a los verdugos," si "no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas" (Mat. 18:34-35).

Dado que nadie puede ir a las mansiones que se están preparando a menos que Dios se incline y extienda misericordia, ninguna persona sin misericordia verá jamás la tierra de Dios, "Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio" (Sant. 2:13). Tanto las buenas como las malas acciones afectarán al autor de ellas "Echa tu pan sobre las aguas; porque después de muchos días lo encontrarás" (Eccle. 11:1).

La Sexta:

**“Bienaventurados los de
limpio corazón, porque
ellos verán a Dios” —**

Mateo 5:8

CAPITULO SEIS

Motivos Puros

Las “manos derramadoras de sangre inocente” y los “pies presurosos para correré al mal” (Prov.6:17, 18) obviamente tienen un corazón inmundo que los guía. Pero algunas veces un corazón igualmente impuro se presenta con una apariencia de bondad y una apariencia de manos limpias. El segundo es peor que el primero.

Justicia Externa

Caín, después de levantarse en el campo y matar a Abel, fingió inocencia y falsificó para encubrir su sangriento hecho: “No sé” dónde está Abel (Gén.4:9). Dichosos aquellos padres que enseñan a sus hijos a reconocer cuando han cometido algo malo. El engaño sólo *se suma* al primer error, y dos errores nunca arreglan nada. Además, en esta condición se está

desarrollando un carácter trámposo, escurridizo y viscoso cuando las falsedades son encubiertas.

Odioso y nauseabundo es el descubrimiento de que un amigo fingido te ha estado ungiendo con cremosos elogios, mientras que todo el tiempo te desprecia y te utiliza. Pero esa traición no es nueva. La doble mentalidad ha estado en el mundo desde que la serpiente fingió ser amiga de Eva, dándole buenos (?) consejos para que pudiera ser sabia (cf. Gén. 3:4-6). En un momento David estaba bastante desalentado con la marcha general de la humanidad:

“Salva, oh Jehová, porque
se acabaron los piadosos;

Porque han
desaparecido los fieles de
entre los hijos de los
hombres.

Habla mentira cada uno
con su prójimo; Hablan con
labios lisonjeros,

Y doblez de corazón”
(Sal.12:1-2).

El capitán Joab fingió una apariencia exterior de genuino interés por la salud de un vecino y de cálido afecto cuando preguntó: “¿Te va bien, hermano mío?” Inclinándose hacia el desprevenido Amasa, Joab agarró la barba de Amasa como para besarlo. Sin

embargo, en lugar de labios amorosos, el desventurado sintió una espada en su quinta costilla (2 Sam.20:9-10).

Si alguna vez alguien puso al descubierto la diferencia entre la corrección exterior y la inmundicia interior, fue Nuestro Señor cuando dijo:

“porque limpiáis lo de afuera del vaso y del plato, pero por dentro están llenos de robo y de injusticia...sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia” (Mat. 23:25, 27).

En el huerto de Getsemaní, alrededor de la medianoche, una turba amargada y sedienta de sangre se acercó a su víctima con espadas y palos. La señal preestablecida fue: “Al que yo besare, ése es; prendedle” (Mat.26:48). ¡Una señal de afecto rebajada como señal de asesinato! Jesús quedó impresionado

por tal depravación y comentó: “Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?” (Luc.22:48).

Cuando Ananías y Safira fueron a la Iglesia e hicieron una ofrenda *generosa*, todo parecía estar bien (Hech.5:1). Pero donde los hombres no pueden mirar, dentro de sus corazones, ellos eran miserables. A los ojos de Dios, habrían sido más honorables apuñalar y robar a un transeúnte que fingir ser religiosos y actuar de manera tan hipócrita.

La acción del bautismo es externa, lo que los hombres pueden ver, es importante. Pero a menos que esa impresionante y hermosa ceremonia vaya acompañada de un *completo compromiso* interno y externo con Jesús “de corazón” (Rom. 6:17), es mejor no hacerla. Desobedientes y sin Dios y sin esperanza son los que se niegan a ser bautizados, pero al menos no tienen dos caras que los que colocándose un manto de piedad, que utilizan la religión para sus propios fines egoístas. El delincuente que finge ser miembro de la Iglesia para recibir limosnas es más despreciable que un ladrón de caminos.

Puro en el Interior

Un hombre “en quien no hay engaño” (Jn. 1:47) es uno de los nobles de Dios. Él no engaña. Cuando muestra amor por un prójimo, lo hace “entrañablemente, de corazón” (1 Ped. 1:22). La suya

es una “fe no fingida” (2 Tim. 1:5). Para él, el Dios supremo y el propósito de Dios con el hombre “es el amor nacido de corazón limpio, y de una buena conciencia y de fe no fingida” (1 Tim. 1:5). Canaliza su pensamiento hacia cosas verdaderas, honorables, justas, puras, amables y de buen nombre (Fil. 4:8). Él sabe que ningún hombre puede producir “lo bueno” a menos que su corazón esté lleno de “buenos tesoros” (Luc. 6:45). Sabe que aunque puede engañar a algunas personas por un tiempo, no quiere hacerlo. No quiere herir a los demás, quiere tranquilidad para sí mismo y, sobre todo, ¡quiere ver a Dios!

Ver a Dios

“A Dios nadie le vio jamás” (Jn. 1:18). En la naturaleza misma de la deidad, no se le puede ver, porque es “espíritu” (Jn. 4:24) y es “invisible” (Col. 1:15). Pero a aquel para quien nada es imposible le ha agrado manifestarse en diversos momentos en alguna forma visible. En la forma de un “hombre” (Gén. 32:24), Dios luchó con Jacob. “Y Jacob llamó el nombre de aquel lugar Peniel; porque, dijo, Vi a Dios cara a cara” (30). En otra ocasión, bajo otra forma (“y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno” (24:10), más de setenta hombres “vieron al Dios de Israel... y contemplaron a Dios, y comieron y bebieron” (Ex. 24:9-11.) Sin embargo, dado que la esencia de Dios es espíritu, y dado que nuestros ojos físicos no pueden

ver a los seres espirituales, sigue siendo cierto que en lo absoluto *ningún* hombre ha visto a Dios.

Sin embargo, el Maestro hizo la promesa de que si mantienes tu corazón puro “verán a Dios”. Toda esa gloriosa declaración comprende que ahora no entendemos “Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser” (1 Jn.3:2) en un sentido completo cómo nuestros ojos serán cambiados para que podamos ver un ser espiritual, pero “seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es” (v.2). Sus “siervos le servirán”; y “verán su rostro” (Apoc. 22:3.4).

En aquel día “vendrá para ser glorificado en sus santos” y “para ser admirado en todos los que creyeron” (2 Tes. 1:10). “Amén: sí, ven, Señor Jesús” (Apoc.22:20).

La Séptima:

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” — Mateo 5:9

CAPITULO SIETE

Esforzándose por la Armonía

“Ay de los alborotadores, porque serán llamados hijos de Satanás” sería lo opuesto a la séptima bienaventuranza.

Los contenciosos, a los que les gustan discutir, los que se deleitan en “el pleito”, dejan mal sabor de boca a los hijos de paz y son condenados por la doctrina de los apóstoles (Tito 3:9-11; 1 Tim. 6:4; 2 Tim. 2:24). Los altercados y las disputas provocan ceños fruncidos, palabras duras y luego cisma. Un alborotador es amargo por dentro y odioso para los de fuera. A los ojos de Dios, su acción es despreciable, porque el Dios de paz abomina la disposición que “siembra discordia entre hermanos” (Prov. 6:19). Así como los pacificadores son parientes de Dios y “serán llamados hijos de Dios”, de igual modo los alborotadores son

parientes del diablo, porque “El que practica el pecado es del diablo” (1 Jn. 3:8).

Ejemplos:

No hay ejemplo más hermoso de una persona con una disposición pacificadora que Jonatán, el hijo del rey Saúl. El joven príncipe se encariñó profundamente con un hijo de Isaí, apuesto, valiente y considerado, que se llamaba David. Jonatán lo amó “como así mismo” (1 Sam.18:1; 19:1). Cuando se supo que Saúl planeaba el asesinato de David, Jonatán se apresuró a darle una advertencia en su corazón, diciendo: “Saúl mi padre, procura matarte” (1 Sam.19:2). Jonathan no sólo advirtió a su amado compañero sino que también arriesgó su propia vida al convertirse en mediador. Fue a su padre y “habló bien de David”, diciendo: “No pequeño el rey contra su siervo David, porque ninguna cosa ha cometido contra ti, y porque sus obras han sido muy buenas para contigo” (19:4). David salvó a nuestra nación, suplicó el príncipe, cuando luchó contra Goliat, y no hay motivo para derramar su sangre. Tan eficaz fue la petición de reconciliación que Saúl juró: “Vive Jehová, que no morirá” (19:6). Jonatán llamó alegremente a David y le comunicó la buena noticia.

Es una lástima que la labor de paz de Jonathan no tuviera un valor duradero. A veces, las mejores personas no pueden cambiar los corazones de aquellos

empeñados en el mal. El rey *incumplió* su palabra y nuevamente se dispuso a matar a David. Cuando Jonatán se interpuso una vez más, despertó la ira de su padre contra sí mismo y escuchó palabras malas lanzadas: "Hijo de la mujer perversa y rebelde, ¿acaso no sé yo que tú has elegido al hijo de Isaí para confusión tuya, y para confusión de la vergüenza de tu madre?" (1 Sam.20:30). Y en seguida el rey Saul exclamó: Porque todo el tiempo que el hijo de Isaí viviere sobre la tierra, ni tú estarás firme, ni tu reino" (v.31). La envidia es del infierno y no puede vivir donde reina el amor. Saúl estaba tratando de inyectar envidia y celos en el corazón de Jonatán, pero el afecto del joven por David era *mayor* que cualquier ambición de ser un monarca. Un amigo en necesidad es un amigo en los hechos, y Jonatán estaba salvando la vida de un hombre que iba a tomar el control de la realeza de la familia de Jonatán. Estaba tratando desesperadamente de reconciliar a su padre, solo para recibir una lanza de la mano del padre como recompensa. Los hombres y mujeres del carácter de Jonatán "serán llamados hijos de Dios".

Isaac manifestó un espíritu similar cuando sus siervos cavaron algunos pozos y los Filisteos perezosos los querían. Isaac tenía todo el derecho a mantenerse firme y negarse a moverse. Pero amaba la paz *más* que la propiedad y no defendió su derecho de paso. Sin oponer resistencia, empacó las tiendas, se mudó y cavó de nuevo. Más tarde llegaron los

nómadas ladrones por segunda vez. ¿Qué habrías hecho? Hay personas que conozco que se habrían movido una vez, pero que la segunda vez habrían dicho: “Una vez me moví, pero dos veces es demasiado. ¡Ahora viene la pelea más grande que jamás hayas visto! Pero Isaac también se movió la *segunda vez* y obtuvo el siguiente conjunto de pozos sin competencia (Gén. 26:12-22). El sintió que el trabajo de excavación no era tan costoso como una gran pelea. Será llamado hijo de Dios y se sentará en el reino de los cielos (Mat. 8:11). “Cuando los caminos de un hombre son agradables a Jehová, Aun a sus enemigos hace estar en paz con él” (Prov. 16:7).

En el Hogar

La tranquilidad doméstica no surge de las comodidades del hogar ni de la educación universitaria. Proviene del interior, *desde lo profundo del alma* de uno cuando evita la fricción y se extiende hacia la quietud de la paz. El corazón de alguien no está bien si en el hogar hay tensión, inquietud, e infelicidad. El pan de maíz y las cebollas en una mesa tosca con calidez de afecto son mejores que el filete de ternera con pleitos. “Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, Que de buey engordado donde hay odio” (Prov. 15:17.) Salomón conoció a muchas esposas y tal vez sabía que algunas no eran tan afables como podrían haber sido: “Mejor es vivir en un rincón del terrado Que con mujer rencillosa en casa

espaciosa" (Prov. 21:9). Y con la misma frecuencia el hombre también tiene la culpa: "El que turba su casa heredará viento" (Prov. 11:29).

En cada hogar "Dios nos ha llamado a la paz" (1 Cor. 7:15). Pero si su hogar no es un hogar, sino *un continuo pleito*, será mejor que ore y rectifique su corazón y trate de guiar a su familia por las sendas del acuerdo. "El fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz" (Sant. 3:18). Y será mejor que no permitas que una disposición dominante destruya su hogar, porque podrías causar que su compañero (a) se casara nuevamente, y eso en forma adultera. Aunque no hayas sido infiel a los votos matrimoniales pero su disposición podría provocar que otro le fuera infiel.

Pero después de haber cultivado una actitud lo más amable y placentera posible, si su compañero (a) lo abandona, Dios dice que no estás bajo esclavitud en tal caso. Ya no estás bajo la obligación de permanecer juntos en casa de esa manera. Lo has intentado y has hecho lo mejor que has podido. Todavía no eres libre de casarte y no lo desearás, esperando contra toda esperanza que él regrese. Por lo tanto, su condición de aquí en adelante será permanecer solteros o reconciliarse (1 Cor.7:11).

En la Iglesia

El diablo preferiría mantener al pueblo del Señor en discordia que mantener a las familias en un alboroto. Lo único que puede ser más feo que un pleito familiar es una Iglesia *desgarrada* por la disensión. Cuando los hijos de la paz se muerden y devoran unos a otros, (Gal.5:15; 1 Cor.6:1-6). los pecadores no se convierten, y Satanás está ganando en dos sentidos al *mismo* tiempo. Una congregación sólo pudo acordar que una facción usaría el edificio en la mañana del día del Señor mientras que la otra lo usaría en la tarde. Pero un lado pensó que el otro usaba más carbón que ellos. Entonces acordaron tener dos montones de carbón. Un muchacho vecino escribió en el tablón de anuncios del patio delantero: “¡Un Señor, una fe, un bautismo y dos montones de carbón!” Sólo la eternidad distinguirá las ganancias del diablo en la discordia de semejante Iglesia.

Un sabroso bocado de buen juicio y consideración se encuentra en la acción de la Iglesia de Jerusalén en el establecimiento de la paz. Cuando un segmento racial de esa congregación tuvo un agravio, la Iglesia seleccionó a siete hombres de ese grupo racial y les entregó todo el asunto (Hech.6:1-7). Y *nunca* más se supo del problema. Había que negarse a sí mismo y dar paso a los demás, pero ¿Valía la pena?

Sin embargo, la solución al malestar en una congregación no siempre se encuentra tan fácilmente como se encontró en Jerusalén. Se puede encontrar si

todos estuvieran dispuestos a mantenerse al margen y estimar a los demás como mejores que ellos mismos (Fil.2:3-4). Algunas veces, o muchas veces, desafortunadamente, no todas serán así. Y aunque la división es un mal, algunos males son peores que otros. Y aunque *nunca* es bueno separarse para el marido y la mujer, es mucho *mejor* vivir pacíficamente separados que tentarse mutuamente con palabras pecaminosas en una convivencia forzada. Que una congregación se divida por resentimientos nunca es bueno, pero es mucho mejor *acordar* separarse que dañar aún más sus almas en enfrentamientos continuos. Cuando Abraham y Lot estaban teniendo disputas entre sus pastores, el sabio y anciano hombre de Dios pensó que la mejor manera dadas las circunstancias era *separarse* (Gén.13:7-11). Las disputas cesarían automáticamente y ambos podrían usar sus energías para un bien constructivo.

Cuando la disconformidad se volvió considerable en una Iglesia local, los hermanos más sabios (los hijos de Dios según la bienaventuranza) evitaron una desagradable ruptura y el comienzo de una facción expulsada acudiendo a los ancianos y pidiéndoles permiso amoroso para ir aproximadamente a una milla de distancia y comenzar otra congregación. Los ancianos pacificadores dieron gustosamente su aprobación y ahora ambas congregaciones están creciendo rápidamente. A veces el Señor *saca* bien del mal. Es triste que el pueblo de

Dios no pueda llevarse bien, ¡pero a veces la división es el *menor* de dos males! Abraham sabía que no sería bueno que los de afuera se enteraran de los problemas en el campamento. Por eso aconsejó sabiamente una separación amistosa antes de que las cosas empeoraran (Gén.13:9). De este modo también él fue un pacificador y un hijo de Dios según la bienaventuranza del Señor.

Paz y Pureza

Tan deseable como es la paz en la Iglesia, tan placentera y deleitable, sin embargo, hay algo de más valor. A veces está mal estar en paz. La Escritura no dice “primero pacífica, luego benigna” sino “primeramente pura, después pacífica” (Sant. 3:17). Si un hombre ha robado a su madre adoptiva y la Iglesia por temor a causar disensión guarda silenciosamente el asunto, esa clase de paz es abominable. Cuando un médico inyecta penicilina a un niño de dos años no hay paz. Todas las súplicas son ineficaces y el niño podría luchar hasta un final amargo. El resultado es buena salud. Pero para evitar la tormenta y los gritos inmediatos del niño al no dar la aguja podría causar un funeral. Puede haber tormenta inmediata y fuertes palabras cuando la Iglesia deba retirarse de los miembros impíos de la congregación, pero no puede haber paz digna de ese nombre *hasta* que eso se haga.

Los Cristianos deben “marcar a los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina” (Rom. 6:17), incluso si surgen problemas. No seremos llamados hijos de Dios si toleramos doctrinas diabólicas o conductas diabólicas.

Solo la Paz

Por muy admirable que sea una disposición amante de la paz, y por muy esencial que sea para nosotros ir al cielo, esa característica *por sí sola* nunca nos llevará a la tierra de Dios.

Cristo Jesús nunca habría venido ni habría sufrido en la cruz si el *único* requisito para ir al cielo fuera un carácter amante de la paz.

Otro requisito antes de ser llamados hijos de Dios en el sentido del Nuevo Testamento es que nazcan de nuevo del agua y del espíritu... (Jn. 3:5). “Porque todos sois hijos de Dios”, no solo por estar tranquilos, agradables y afables, sino que también la Escritura dice “por la fe en Cristo Jesús. Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gál. 3:26-27).

El ejemplo más grandioso de pureza y paz en combinación se ve en el Príncipe de Paz cuando murió en la cruz.

Aunque deseaba la paz entre el hombre y Dios, la pureza del cielo demandaba que se pagara *un precio* por el pecado. Por eso, cuando nuestro Señor pereció en el Calvario “la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Sal. 85:10).

Hijos de Dios

Por la creación todos los hombres son “hijos de Dios” (Gén. 6:2; Luc. 3:38). Pero, atrapados por Satanás, los humanos, como algunos ángeles, “no guardaron su dignidad” (Judas 6) y ahora han sido denominados apropiada y divinamente hijos del diablo (Jn. 8:44; Hech.13:10). ¡Pero gracias al gran Padre, es posible que cada uno de nosotros voluntariamente nazcamos de nuevo, nazcamos por segunda vez, engendrados del Padre celestial, nacidos del agua y del Espíritu! (Jn. 3:3-5; 1 Jn. 5:1). Todos los que han sido bautizados de corazón en Cristo se han revestido de Cristo por fe y nuevamente son divinamente llamados “hijos de Dios” (Gál. 3:26-27). “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Jn. 3:1).

Sin embargo, esa expresión “de corazón” (Rom. 6:17) implica una dedicación a todo lo que Jesús representa, y uno de los principios que forma parte de él es la amabilidad, una disposición amante de la paz. No sólo pasivamente, sino agresiva y enérgicamente, aquellos que son verdaderos hijos de Dios trabajarán

por la paz. Por mucho que dependa de ellos, están determinados a estar en paz con todos los hombres, dentro y fuera de la Iglesia (Rom. 12:18). Hay algunos que han sido bautizados que tienen actitudes quisquilloosas, cascarrabias y groseras. Si los sigues inevitablemente encontrarás hermanos más divididos, no más juntos.

Los que siembran la paz y aman ser agradables y afables, esos tienen parte de Dios en ellos. Son parientes del Padre de la paz. Muestran parecido con sus padres. Han participado de la naturaleza divina. ¡Por eso serán llamados hijos de Dios! ¡Y qué felices están! “Mirad cuán bueno y cuán delicioso es Habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, El cual desciende sobre la barba, La barba de Aarón, Y baja hasta el borde de sus vestiduras; Como el rocío de Hermón, Que desciende sobre los montes de Sion; Porque allí envía Jehová bendición y vida eterna” (Sal. 133:1-3). “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti confiado” (Isa.26:3).

La Octava:

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”

— Mateo 5:10

CAPITULO OCHO

Placer en las Aflicciones

Se dice que la autoconservación es la primera ley de la naturaleza. Cuando la octava bienaventuranza se apodera de un hombre, ese hombre está dispuesto a ir en contra de la naturaleza. El Cristianismo es lo opuesto a la autoconservación. Cuando el apego a Jesús está plenamente desarrollado, un Cristiano dice: “Cristo será magnificado en mi cuerpo, o por vida o por muerte” (Fil. 1:20). ¡Él no piensa que el látigo o el leñador son malos tratos sino un favor especial! A él le “es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él” (Fil. 1:29). Profundo y cercano es el afecto por Jesús que hace que los hombres, después de haber sido golpeados, se regocijen “de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hech. 5:41). Después de que un Cristiano fue apedreado, dado por muerto, golpeado con varas y encarcelado durante

años, todavía aspiraba a “llenar... lo que falta de las aflicciones de Cristo” “en su cuerpo” (Col. 1:24), Él menospreció la vida hasta la muerte (Apoc. 12:11) y estuvo feliz el día en que el verdugo de Nerón separó la cabeza del torso.

El Destino de los Doce

Otros apóstoles, además de la víctima de Nerón, habían afirmado su capacidad de beber la copa de la muerte (Mat. 20:22) por amor a Jesús. Jacobo el hijo de Zebedeo, llamado Santiago el Grande, sintió la espada de Herodes en el año 44 d.C., el primer apóstol que cumplió su palabra (Hech.12:2).

John Fox en *El Libro de los Mártires* afirma que Felipe, después de predicar en la alta Asia, fue azotado, encarcelado y luego crucificado en el año 54 d.C. en Heliópolis, Frigia. Mateo, después de predicar en Partia y Etiopía, fue asesinado en el año 60 d.C. por una alabarda en Nadabah, Etiopía. A Jacobo el Menor, a los 94 años, después de haber sido golpeado y apedreado por los Judíos, “finalmente le arrancaron el cerebro con un garrote”. En cuanto a Pedro, una vez jactancioso, “Jerónimo dice que fue crucificado con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba, porque él mismo lo pedía, porque (dijo) era indigno de ser crucificado en la misma forma y manera en que lo fue el Señor”. (Fox, *op. cit.*, Pág. 4). Judas (Tadeo), hermano de Jacobo el Menor, fue crucificado en Edesa en el año

72 d.C. Bartolomé, después de predicar en la India, fue “cruelmente golpeado y luego crucificado por los impacientes idólatras”.

El ministerio de Tomás en Partia y en la India terminó con una lanza. Simón Zelote evangelizó en Mauritania, África y Gran Bretaña antes de su crucifixión en el año 74 d.C. Matías fue apedreado en Jerusalén y luego decapitado. El servicio de Andrés fue en Asia; en Edesa fue bautizado con sufrimiento, siendo “crucificado en una cruz, cuyos dos extremos estaban fijados transversalmente en la tierra”. El amado Juan, por orden del anticristo Domiciano, fue desterrado “en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesús” (Apoc.1:9). Juan, el único entre los apóstoles, después de ser llamado de Patmos por el sucesor de Domiciano, Nerva, que murió en paz.

Las Diez Persecuciones Imperiales

Fox enumera diez persecuciones gubernamentales que sufrieron los seguidores de Jesús. En el año 67 d.C., Nerón los quemó “vestidos con las ropas que el emperador había cosido con pieles de bestias salvajes y camisas endurecidas con cera, amarrados a postes”. Otros fueron atacados con perros. Además de matar a Pablo y Pedro, Nerón mandó asesinar a Bernabé, Aristarco, Trófimo, Erasto en Corinto, y a Ananías en Damasco.

Domiciano, en la segunda purga gubernamental, decretó en el año 81 d.C. que “Ningún Cristiano, una vez traído al tribunal, debería estar exento de castigo sin renunciar a su religión” Dionisio el Areopagita y Nicodemo sintieron su ira mortal, y la gente cayó sobre Timoteo “con sus garrotes, y lo golpearon de una manera tan terrible que expiró de las magulladuras dos días después” (*Op. cit.*, Pág. 7).

La tercera persecución bajo Trajano en el año 108 d.C. provocó la muerte de muchos miles de personas diariamente. Condenado a muerte a Ignacio de Antioquía exclamó: “No me importa nada, ni las cosas visibles ni las invisibles, con tal de ganar a Cristo. Que el fuego y la cruz, que las compañías de fieras salvajes, que el quebrantamiento de los huesos y el desgarro de los miembros, que la trituración de todo el cuerpo y toda la malicia del diablo, vengan sobre mí; ¡que ocurra así, sólo de esta forma poder ganar a Cristo Jesús!”

Durante la cuarta persecución se cavaron catacumbas cerca de Roma. Se han encontrado sesenta, con 600 millas de galerías de 8 pies de alto y de 3 a 5 pies de ancho. Los nichos de las tumbas son abundantes. “Persecución encima de la tierra y oraciones por debajo de la tierra” Marco Aurelio fue instigador de excesos violentos en el año 162 d. C. En Esmirna, el procónsul Romano le dio a Policarpo una

opción: “Jura y te liberaré; maldice a Cristo”. El anciano obispo respondió:

El anciano obispo respondió: Ochenta y seis años le he servido, y Él nunca me ha hecho daño; ¿Cómo, pues, blasfemaré contra mi rey, que me ha salvado?

Después de lo cual se ordenó quemarlo en la hoguera.

Fue en el año 303 d.C., después de las persecuciones Imperiales bajo Severo (192 d.C.), Máximo (235 d.C.), Decio (249 d.C.), Valeriano (257 d.C.) y Aureliano (274 d.C.), que Diocleciano decretó que se debían entregarse todas las copias de las Escrituras. Cuando a Timoteo de Mauritania, le fue ordenado por el gobernador Arrano que debía entregar una copia oculta, dijo: “Si tuviera hijos, preferiría entregarlos para el sacrificio que separarme de la Palabra de Dios”. El gobernador enfurecido ordenó que le quemarán los ojos a Timoteo con hierros al rojo vivo, diciendo: “Al menos los libros te serán inútiles, porque no verás para leerlos”. Finalmente, el seguidor ciego de Jesús fue crucificado.

Persecuciones Papales

Que los emperadores paganos buscaran destruir a los Cristianos no es inesperado, pero sí es casi

increíble que los profesos seguidores de Jesús matarán a otros seguidores de Jesús. En el siglo XII, Alejandro III excomulgó a Pedro Waldo de Lyon y ordenó su exterminio y el de sus seguidores.

El día de San Bartolomé, el 22 de Agosto de 1572, es tristemente célebre por la masacre de París, en la que murieron más de 10.000 personas. Los Sacerdotes salieron a la ciudad en busca de protestantes, cuyo líder era Coligny. En el Vaticano estaban inscritas las palabras *“Pontifex, Coligny necem probat...”*, “El Papa aprueba la muerte de Coligny”. Los sacerdotes recorrían la ciudad con un crucifijo en una mano y un puñal en la otra. Galileo fue juzgado ante un tribunal de la Inquisición por “creer y tener por verdadera una doctrina que es falsa y contraria a las sagradas y divinas Escrituras – es decir, que el sol es el centro de la órbita de la tierra y no se mueve del oriente a occidente; y que la tierra se mueve, y no es el centro del mundo” Al retractarse, Galileo le salvó la vida, pero se dice que le susurró a un amigo cercano: “A pesar de todo, la tierra se mueve”.

En el siglo XIV, John Wickliffe tradujo el Nuevo Testamento al Inglés. A las personas sorprendidas con copias o fragmentos las quemaban con trozos de Escritura atados al cuello. Cuando Urbano emitió una bula llamando a todos a tomar las armas contra Clemente, Wickliffe escribió:

Cómo se atrevió a hacer de la señal de Cristo en la cruz (que es la señal de la paz, la misericordia y la caridad) un estandarte que llevar a matar a los Cristianos, por amor a dos falsos sacerdotes, y a oprimir a la Cristiandad peor de lo que Cristo y sus seguidores fueron oprimidos por los Judíos?

Cuarenta y un años después de su muerte en 1384, su cuerpo fue exhumado, quemado y arrojadas las cenizas al río por orden del Concilio de Constanza de 1414. A Juan Hus en Bohemia se le aseguró un salvoconducto para el Concilio de Constanza, pero en lugar de ello fue encarcelado por el Papa. Ordenado quemarlo, Hus cantó himnos hasta que expiró. William Tyndale dijo que “haría que un muchacho que conduce el arado en el campo supiera más de las Escrituras que el Papa” (Fox, *op. cit.*, Pág. 178). Escapó a Alemania y en 1525 publicó su Testamento en Inglés. El obispo Romano de Londres compró todos lo que pudo y lo quemó en la Capilla la cruz de Pablo. En Augsburgo, Tyndale estaba atado a una estaca y gritaba: “¡Señor! Abre los ojos del Rey de Inglaterra. Luego lo estrangularon y lo quemaron.

En nuestros tiempos, Cline Paden y otros incondicionales han sentido la presión y el poder Católico Romano, incluso la violencia física. Los Cristianos del Nuevo Testamento en Italia son Comunistas, acusan los devotos del Papa. Jesús dice: “Bienaventurados sois

cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo." (Mat. 5:11).

Bendiciones Alcanzadas

A los primeros Cristianos les encantaba la octava bienaventuranza. Significaba mucho más para ellos que para nosotros que todavía "no hemos resistido hasta la sangre" (Heb. 12:4). Les hizo sonreír en la más amarga violencia. Era su diario consuelo, porque sabían que "el reino" era suyo y que su recompensa era grande "en los cielos". Con la bendición prometida del Señor como refuerzo interior y fortaleza espiritual, recibieron el poder para soportar "gran combate de padecimientos" (Heb. 10:32). La octava bienaventuranza era la fuerza que les permitía aceptar "con gozo el despojo de sus bienes, sabiendo que tenéis en vosotros mismos una mejor y perdurable herencia en los cielos" (Heb. 10: 34).

Y aquellos Cristianos también aprendieron que las bendiciones espirituales se acumulan en el aquí y ahora, sin esperar a la otra vida, para aquellos que son perseguidos por causa de la justicia. Por eso se glorían en las tribulaciones, sabiendo que cosecharían paciencia, prueba y esperanza (Rom. 5:3-4). Se complacían (¿Podríamos nosotros también?) en las aflicciones por causa de Cristo porque se les había enseñado que cuando eran débiles, entonces eran fuertes. (2 Cor. 12:10).

Carl Hugo McCord

Nació el 24 de Junio de 1911 en New Albany, MS. Fue bautizado por L. L. Brigance en 1923. Pasó toda una vida en constante estudio y preparación. Se graduó del Colegio Freed-Hardeman, de la Universidad de Illinois, de la Universidad de Tulsa, del Seminario Virginia, del Seminario



Teológico Bautista del Sur en Louisville, y Del Seminario Teológico Bautista de New Orleans. Obtuvo títulos Académicos tales como B.A. M.A. y un Th. D.

Realizó 3 viajes de investigación al Museo Británico y 2 a la región de Palestina. Trabajó como predicador local en los estados de Illinois, Indiana, Washington, Texas, Virginia, Kentucky, Oklahoma, y Louisiana. Su obra evangelista lo llevó a 42 estados de los Estados Unidos y a los países del extranjero como Siria, Leona, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Australia, Tasmania, Nueva Zelanda, Indonesia, Japón, Las Filipinas, Kenia, Malta, Trinidad, Canada, Egipto, Italia, Suecia, y Tailandia.

Fue profesor de Biblia e idiomas Bíblicos en el Colegio Cristiano Oklahoma, y profesor adjunto de la Escuela de Religión Cristiana de Alabama. Autor prolífico de varios libros y tratados entre los que destacan, *La Oración de los Discípulos*, *Estas Cosas Habla*, *La Credibilidad de la Creación y Tierras Bíblicas y la Historia Sagrada*. Además de la producción de su propia traducción del Griego del Nuevo Testamento titulado: *El Evangelio Eterno*.